

XL Concurso de Cuentos "Villa de Mazarrón"

- Antonio Segado del Olmo -

2024

EL CLUB DE LOS CUATRO MOSQUETEROS

FERNANDO MARTÍNEZ LÓPEZ

ACCÉSIT COMPARTIDO

El 12 de Julio de 2024,
el jurado del Concurso de Cuentos
Villa de Mazarrón - Antonio Segado del Olmo,
compuesto por Lorenzo Silva, Antonio Parra
Sanz, Mari Ángeles Rodríguez Alonso, Fernando
Fernández Villa, Encarna Esteban Bernabé y José María
López Ballesta, otorgaron el Accésit Compartido de la
cuadragésima edición al cuento titulado El Club de los
cuatro mosqueteros, de Fernando Martínez López

Fernando Martínez López, nace en Jaén
(1966). Doctor en Ciencias Químicas y profesor de
Educación Secundaria. También fue docente en la
Universidad de León.

Ha publicado las novelas: *El sobre negro*,
Sanchís y la reliquia sagrada, *Sanchís y el pergamino*
azul, *El rastro difuso*, *El mar sigue siendo azul*, *Fresas*
amargas para siempre, *Tu nombre con tinta de café*,
El jinete del plenilunio, *Los últimos recuerdos del reloj*
de arena, *Tiempo de eclipse* y *la Edad perdida*.
También es autor de la antología de relatos *Arteratura*
con el que quedó finalista del *Premio Setenil*.

Ha obtenido varios premios y distinciones
en concursos literarios de narrativa breve, siendo más
de cien los conseguidos y entre los que destacan el
Gerald Brenan, el Villa de Colindres, el Santoña la mar
o el Café Compás.

En la modalidad de novela cuenta con
varios galardones entre los que destaca el Premio
Andalucía de la Crítica por "*Tiempo de eclipse*", y el
Premio Felipe Trigo por su novela "*Tu nombre con tinta*
de café".

EL CLUB DE LOS CUATRO MOSQUETEROS

Alain Dupont amaba los libros con más intensidad que el silbido de las balas que sobrevolaban su cabeza. Así, aterido en la trinchera, el cabello piojoso y el uniforme convertido en amenaza de mortaja húmeda, aprovechaba cada momento en que no tenía que empuñar su fusil para leer y releer las tres novelas que introdujo en su petate el día que marchó para la guerra: *Los miserables*, *Historia de dos ciudades* y *El conde de Montecristo*. Por qué eligió estos tres títulos de entre todos los de la biblioteca lo tuvo claro desde el principio: eran los predilectos de su querido club de lectura.

Cuánto lo echaba de menos.

En esos días de tragedia y fuego, con un mortífero aroma a pólvora y gas mostaza enredado en el aire, se alimentaba de aquellas páginas para no desfallecer de desesperación, pero sobre todo para recordarlos a ellos, a Claudine, Roland, Amélie y Jacques, los cuatro mosqueteros como prefería denominarlos, y se imaginaba viajando en tiempo negativo, unos meses atrás, solo unos meses (¿cómo puede cambiar la vida en tan breve lapsol!). Se veía a sí mismo abandonando la biblioteca municipal, colocando los libros en el cesto de la bicicleta. Era el ritual de cada sábado por la mañana. Luego recorría la bella campiña de Le Moncheraux festoneada de tilos y abedules siguiendo un trazado preciso que le conducía a las viviendas de los cuatro mosqueteros. En esas casas los conoció, y ahora evocaba, como un antídoto contra el miedo, el primer encuentro que tuvo con cada uno de ellos, un recuerdo dulce y reconfortante de las personas más singulares que había conocido en su vida. En medio del infierno, sus labios activaron músculos largo tiempo dormidos para esbozar una tenue sonrisa.

CLAUDINE

Alain Dupont, recién aterrizado en Le Moncheraux, leyó la nota que le había entregado la bibliotecaria.

-¿Tengo que repartir los libros a estas cuatro personas?

-Es evidente. Si no, ¿para qué te he dado la lista? Ahí figuran sus direcciones.

-¿No pueden venir ellos a la biblioteca?

-Preguntas demasiado, haz lo que te digo.

Alain desvió la mirada al suelo. Luego cogió el hatillo de libros y lo colocó en el cesto de su bicicleta. Una ráfaga de viento helado lo estremeció y maldijo tener que adentrarse en la campiña.

-Alegra esa cara, hombre. Vas a conocer a gente muy peculiar.

Gente peculiar... A él lo que le interesaba era estar rodeado de libros, saborear sus historias, empaparse los pulmones con el perfume del papel y la tinta, no tener que pedalear contra el viento en aquel sábado de cielo plomizo y olor a ozono que presagiaba tormenta.

Le sorprendió, sin embargo, toparse con la primera de las casas, la de Claudine Dubois. De planta baja, la hiedra era un tapiz verde sobre sus muros, un contraste brutal con el rojo intenso de la puerta y postigos que le daba a la vivienda aspecto de gigantesca hortaliza. No se demoró en llamar, unos golpes con la aldaba que tuvieron como consecuencia una agradable epifanía: bajo el dintel apareció la joven más bella que había contemplado nunca. Encontró, no obstante, una luz apagada en sus ojos, como una gasa traslúcida. Olía a lavanda.

-Buenos días. Soy Alain Dupont, el ayudante de la bibliotecaria. Pregunto por Claudine Dubois.

-Soy yo.

Y su voz, sobre todo su voz, como una melodía que acariciase los tímpanos.

-¿Bromea?

-¿Por qué?

-Porque vengo a entregarle una novela... y usted es ciega.

Ella sonrió y lo cogió de la mano para conducirlo con determinación absoluta por el laberinto que conformaban los muebles del salón, como si en su cerebro tuviese tatuado el mapa de la casa. Luego le indicó que se sentara en un sillón mientras ella agarraba el libro que él le había traído. Con gesto solemne, lo abrió y comenzó a pasar las páginas acercándolas a su nariz.

-No necesito ver para saber de qué trata una novela. Me basta con olerla.

-Por favor... Soy joven, no estúpido.

-Lo sé. Además es usted encantador.

Sin embargo, cuando Alain Dupont abandonó la casa, tuvo la amarga

sensación de que le había tomado el pelo, y no le desapareció sino hasta el sábado siguiente, cuando Claudine Dubois le relató con mil pormenores de qué trataba *Los miserables*, el libro que había oído a lo largo de esa semana.

ROLAND

Cuando Alain Dupont conoció a Roland Lefebvre creyó contemplar el rostro de una momia desprovisto del vendaje. ¿Cuántos años podría tener aquel hombre?, la piel apergaminada, lívida, con un profuso relieve de arrugas, movimientos artrósicos, un bastón en una mano y la espalda con forma de hoz. A cambio tenía inteligencia en la mirada y una voz robusta que parecía imposible que saliera de aquella garganta. Olía a sándalo.

Tras las presentaciones, Roland tomó el ejemplar de *El conde de Montecristo* que le traía Alain, ojeó la portada y se dirigió a tomar asiento junto a la chimenea con paso tortuoso, como si tuviera puñales clavados en las articulaciones. Allí buscó el último capítulo.

-Hoy mismo empezaré la novela por aquí.

Alain arqueó las cejas.

-¿Acaso ha leído usted ya el resto del libro?

-Por supuesto que no. ¿Qué interés tendría entonces en ello? Yo siempre empiezo a leer por el final.

Gente peculiar, le había dicho la bibliotecaria. Se había quedado corta.

-¡Pero entonces averiguará cómo concluye sin saber el motivo!

Roland sonrió. Solo algunos dientes sobrevivían.

-¡Exacto! ¿Y no es acaso un estímulo imaginar el principio del libro a partir del final? Debería practicar leer al revés, joven, le aseguro que le resultará gratificante. Es como desentrañar un crimen: sabemos el desenlace pero desconocemos las causas hasta que vamos tirando del hilo.

El bibliotecario no supo qué responder, pero lo cierto fue que ese mismo día, ya en casa, tomó una novela de los estantes a la que todavía no le había hincado el diente y se tumbó con ella en la cama. Cuando su mano derecha iba a la búsqueda instintiva del comienzo, la detuvo en el aire, reflexionó y cambió su trayectoria hacia el último capítulo. Ya no pudo dejar de leer a la luz delicuescente de una lámpara de gas, recreando en su mente la posible estructura de aquella obra

literaria y haciendo cábalas acerca de cuál podría ser el planteamiento inicial de la misma. No se percató del tiempo transcurrido sino tras finalizar, rayando el alba, con el agradable regusto de haber saboreado una de las mejores experiencias literarias de su vida.

AMÉLIE

Alain Dupont comprendió con un par de parpadeos por qué Amélie Fontaine no iba por su propio pie a la biblioteca de Le Moncheraux. Habría resultado imposible al carecer de piernas, ambas amputadas o tal vez inexistentes por algún perverso capricho de la genética. El caso fue que, cuando la visitó por vez primera en su acogedora vivienda en la campiña de Le Moncheraux, aquel sábado que anunciaba tempestad con su tordo negruzco de nubes, la encontró sonriente sentada en una silla de ruedas con la calma que otorga una edad madura. Olía a azahar.

-Soy Alain Dupont, el nuevo ayudante de la biblioteca.

-Pase, joven. Estaba esperando mi libro: *Los tres mosqueteros*, supongo. Deme, deme.

La agilidad que nunca pudo tener en las piernas la había alcanzado con grado sumo en las manos y le birló la novela con velocidad de prestidigitador, se la puso en el regazo y avanzó con la silla de ruedas hacia la ventana por donde se colaba una bocanada de luz cenicienta. A la par tomó una cuartilla y un lápiz y, sin prestar atención al muchacho, comenzó a devorar las páginas escribiendo muy de vez en cuando alguna anotación.

-Me tiene intrigado. ¿Qué hace?

-Detecto erratas. Tengo ojos de águila para encontrarlas, no se me escapa ni una.

-Comprendo. ¿Es para comunicárselo a la editorial?

-¡Ni mucho menos! Las corrijo y las utilizo para escribir poemas. De hecho los llamo *poemas errados*. Debería probar usted; es divertidísimo.

Dupont mantuvo el pasmo más tiempo de lo que hubiese querido, impresionado por la voracidad lectora de la inválida y el gesto de triunfo cada vez que localizaba un fallo. Tan abstraída se hallaba que no le devolvió el saludo cuando se despidió y abandonó su hogar.

JACQUES

Jacques Blanc fue el último destino en la ruta sabatina de Alain Dupont, justo en el momento en que el cielo abrió el sumidero dejando caer una tromba de agua que convirtió el camino en un lodazal impracticable. Se presentó con urgencia.

-Pase usted y caliéntese junto al fuego. Está empapado.

-Espero que el libro que le traigo no se haya mojado. Aquí tiene, *Historia de dos ciudades*.

-¡Ah, el bueno de Dickens! Creo que es el único suyo que me falta por leer.

-Pero ¿por qué lo ha pedido usted en inglés?

-Lo domino con la misma soltura que el francés, muchos años en la pérfida Albion como gustaba llamarla nuestro Napoleón.

Era viejo Jacques Blanc, tan viejo que por un momento Alain se preguntó si no tendría más de cien años y hubiera llegado a servir a las órdenes de Bonaparte. Olía a tabaco de pipa.

Lo que el anciano hizo casi de inmediato fue acomodarse en un sofá y enfrascarse en la lectura mientras el bibliotecario se secaba frente a la lumbre.

-¿Por qué guiña usted el ojo izquierdo cuando lee? -preguntó extrañado Alain.

El viejo pareció sobresaltarse.

-¡Pues porque solo sé leer en inglés con el ojo derecho! Cuando leo en francés lo hago al contrario: guiño el derecho y utilizo solo el izquierdo. Cada uno ha aprendido un idioma.

-Ya.

Alain Dupont no supo dónde mirar. Se aproximó a la ventana para comprobar que seguía diluviando para su desgracia, porque lo único que deseaba era regresar a casa, darse un buen baño caliente y descansar. Gente peculiar decía la bibliotecaria...

* * *

Un obús partió el aire con su silbido siniestro e impactó a poca distancia de la trinchera en la que se encontraba Alain Dupont. Una lluvia de tierra y piedras precipitó sobre su casco y su uniforme, también sobre el libro que estaba leyendo, *Los miserables*, y pensó que precisamente eso, miserables, eran los que habían

propiciado el horror de aquella guerra que se había extendido como una metástasis por Europa, miserables que no dudaban, por ambición y demencia, en enviar a la muerte a miles, millones de personas mientras ellos dirigían a salvo desde los cuarteles y palacios. Él había sido uno de los reclutados forzosamente para defender al país del invasor. Recordaba con nitidez cristalina el día que recibió la orden de reclutamiento y lo primero que pensó fue que no podría repartir los libros a los cuatro mosqueteros, que de alguna manera quedaría huérfano el club de lectura que había fundado con ellos, esas fascinantes reuniones sabatinas en casa de Amélie donde debatían con brío y entusiasmo la novela de turno.

Sí, pensar en ellos y en los libros era el mejor método para abstraerse del terror, y eso hacía en ese momento. Despejó de tierra el ejemplar que se traía entre manos y continuó con su lectura. Lo primero que hacía era oler sus páginas, intentar descifrar el alma de las mismas a través de su aroma, luego guiñaba el ojo derecho para leerlo en francés en sentido inverso, desde el último capítulo al primero. De vez en cuando anotaba las erratas que encontraba e iba pergeñando en su magín qué tipo de poema errado podría conformar con ellas.

-Dupont, se te acabó el descanso. Toma el relevo.

La temida frase, toma el relevo, que era como un puñetazo en la boca del estómago. Con desgana, guardó el libro y cogió su fusil para enfrentarse al espanto de cuerpos desventrados y extremidades amputadas. Cuánto daría por estar con su añorado club. Sus miembros eran ya como su familia, había comprendido que lo extraño a veces es preferible a lo habitual, que se hace necesario enfocar la vida desde una perspectiva diferente. Quizá así no ocurriría lo de siempre, como esa fatídica guerra que era más de lo mismo, la sangrienta función que no cesaba de representarse a lo largo de la historia destrozando lo hermoso de la vida, ni siquiera en ese incipiente siglo XX. Era sábado por la mañana, ¿estarían reunidos?, ¿les llevaría la bibliotecaria los libros? En eso pensaba cuando asomó la cabeza por la trinchera y una bala precisa impactó entre ceja y ceja perforándole el cráneo y su anhelo. A unos cientos de kilómetros, en la casa de Amélie, los cuatro mosqueteros estaban comentando Guerra y paz. Fue Claudine Dubois la que percibió algo en el ambiente, la que comenzó a olisquear lo que para el resto era indetectable. Unas lágrimas se le desprendieron de sus ojos velados y los demás supieron qué había sucedido.